

# DEPARTAMENTO NACIONAL DE HIGIENE

AÑO XVII

BUENOS AIRES, ENERO DE 1910

Nº 1

I

## TRABAJOS ORIGINALES

### HIGIENE SOCIAL

POR EL DOCTOR FRANCISCO OTERO.

Jefe de Sección del Departamento Nacional de Higiene

“La enseñanza de la Higiene debe figurar en primera línea, no sólo en la educación de la juventud que tiende sus miras hacia los estudios superiores, sino también en la de cualquiera agrupación de individuos que aspiren á conseguir la mayor suma de conocimientos útiles á sí mismo y á la familia en general.”

Se acostumbra decir, y con razón, que la mayor parte de las veces, el hombre, voluntaria ó inconscientemente, es el propio autor de cuantos desconciertos se producen á la larga en el funcionamiento de su máquina orgánica.

Si la simple observación del profesional no fuera suficiente para confirmar, en la generalidad de los casos, semejante convicción, bastará, en su defecto, un meditado «auto-examen» de los actos más comunes en nuestro modo habitual de vivir, para venir en conocimiento de los numerosos atentados que verificamos á diario contra nuestra salud; algunos de los cuales, acaso los más activos y perniciosos, fueron tratados en mis anteriores colaboraciones. En efecto la mayoría de los procesos infecciosos, así como, el alcoholismo, el tabaquismo, y aun los estragos del curanderismo responde esencialmente á la despreocupación ó á la inconsciencia de las causas que más directamente se relacionan con el origen de tales plagas sociales.

Pero, bajo idénticos conceptos, diremos también que el asmático y el dispéptico, el pletórico y el anémico, el neurótico, el raquíptico y cuantos estados anormales é inveterados interrumpen ó desmejoran nuestras energías, son otros tantos resultados más ó menos intensos de las continuas

infracciones que lenta y progresivamente llegan á dominar la constituciones más vigorosas hasta destruirlas antes de tiempo, y á engendrar mediante la herencia, generaciones susceptibles de los precitados desmedros.

Ahora bien, siendo para el hombre la lozanía corpórea y la lucidez mental que le acompaña los más imprescindibles elementos de su felicidad, y los medios que le aseguran ambos beneficios, su más constante preocupación, claro está que nada es más útil para él, que instruirse en cuanto le enseña á procurar por su bienestar en su existencia individual y colectiva, á conservar sus armonías fisiológicas en el más alto grado de perfección, librándolas de las alteraciones á que la exponen los agentes exteriores, y á escapar, en consecuencia, por el más largo tiempo posible, de la inevitable muerte.

«Si hay estudio que deba generalizarse, que convenga altamente á la masa social su vulgarización, este es el de la Higiene».

Desde la época en que nuestro distinguido higienista, el Dr. Rawson, inspirado por su sabia experiencia, dejó sentada esta indiscutible aseveración, el camino que ha recorrido tan importante rama del saber es inmenso y de asombrosos beneficios para la humanidad, habiendo resuelto problemas sanitarios de tanta trascendencia é interés y, sobre todo, tomando rumbos tan inesperados que, hoy día, independizándose en parte, del viejo y exclusivo dominio de la profesión médica, ha venido á convertirse en una *enciclopedia antropológica* que pone la gran mayoría de sus cuestiones al alcance de todo criterio práctico y de común ilustración. Y esto lo verifica de tal manera que, si bien al elemento profano no le es dable profundizar sobre la génesis de sus leyes más fundamentales, al menos le es fácil servirse de ellas, dentro de la más racional y explorable ejecución.

Decimos enciclopedia porque, á poco que se profundice sobre la cuestión, se obtendrá por inducción, el juicio evidente de que la enseñanza de la higiene, hábilmente organizada bajo las bases más anchas y liberales según las circunstancias, el carácter de los educados, la edad, el grado de instrucción, etc., obligará siempre, para su más perfecto éxito, el abordamiento claro y sencillo de nociones generales que derivan tanto de las ciencias *biológicas* como de las *políticas y morales*.

En efecto, las primeras son preciosos manantiales constantemente abiertos á la explotación del «arte del buen vivir»,

cuyo arte necesita ante todo descubrir el velo misterioso que oculta las principales manifestaciones vitales, en general, y muy particularmente los interesantísimos fenómenos de la organización humana, para edificar sobre semejantes conocimientos un sinnúmero de preceptos, destinados á producir el mayor esplendor posible en el desarrollo material y dinámico, conservando entre las partes del cuerpo aquella agradable armonía que origina la salud y la robustez física y mental.

Como ciencia política, ese nuevo concierto de nociones científicas vinculadas por una tendencia final, que surge en los últimos decenios como un solo cuerpo de doctrina, debe dar la inspiración de las leyes que dirigen los destinos de nuestro pueblo juvenil, para ejercer, por medio de esta sabia y conveniente legislación, un saludable influjo en el mecanismo de nuestra sociedad y en la administración de los intereses públicos más elevados.

Hoy día, por ejemplo, nadie se permite dudar que las enfermedades infecciosas consideradas científicamente evitables están llamadas á desaparecer, tarde ó temprano, de la nosografía nacional en los países cuyos políticos brinden á los respectivos problemas la correspondiente atención. Pero esa política podrá alcanzar tan laudable fruto cuando la totalidad de sus legisladores, nacionales y comunales, inspirados por el convencimiento íntimo inferido de una clásica preparación en la materia, se hallen siempre dispuestos á prestar sanción, pronta y amplia, á cuantas disposiciones legales y administrativas fueren aconsejadas por los técnicos encargados de preservar y sostener la salud pública.

Y, bajo el concepto de la moralidad, siendo generalmente mirado el ejercicio individual ó colectivo de la higiene como la práctica de una virtud privada ó pública, ó mejor dicho, inspirándose la virtud y la higiene en un mismo sentimiento cual es el bien moral para el individuo y para la especie, todo lo que es moralmente bueno es higiénico, así como todo lo que la higiene aplaude está conforme con la moral.

Puede en resumen, establecerse que ninguna sociedad debe conceptuarse como civilizada, si sus costumbres no tienden en conjunto á educar las agrupaciones de la población. Y toda educación que no tenga por objeto mejorar las condiciones materiales de la especie, fomentando la robustez del cuerpo, desplegando convenientemente los alcances del espíritu, alargando la vida y facilitando los medios de el precaver las enfermedades y los peligros de la muerte, es una educación en desacuerdo con el propósito que determina esta misma palabra.

Por este motivo, el estudio de la higiene moderna es utilísimo para la juventud, debiendo popularizarse y difundirse sus verdades, no sólo entre los educandos de segunda enseñanza, como está ya establecido, sino entre los niños de las escuelas de uno y otro sexo, por ser esta la edad que con más fe y tenacidad se arraigan los conocimientos de esta índole, contribuyéndose de este modo á difundir la cultura y las bondades que de ellos se derivan.

Importa, pues, sobremanera que desde muy temprano y con todo el empeño y la conveniente extensión, se inculquen á todos la mayor suma de nociones generales de *higiene aplicada*, bajo forma sencilla, amena y accesible á las pequeñas inteligencias, anteponiéndolos al aprendizaje profundo del idioma, á la enseñanza minuciosa de la historia y geografía y aun al razonamiento de los complicados ejercicios de las ciencias exactas.

Pero, independiente de la enseñanza obligatoria, corresponde también á la acción oficial la persecución de tan provechosos ideales dentro de la gran masa común, estableciendo y dirigiendo sistemáticamente «cátedras nocturnas» y «giras instructivas» sobre higiene social, organizadas con recursos materiales apropiados y con personal suficientemente experimentado en la divulgación de semejantes cuestiones.

Las conferencias populares sobre asuntos de tal naturaleza están dando en ciertas regiones de Europa y Norte América los más satisfactorios resultados, <sup>(1)</sup> confiándose actualmente en ellas y en los efectos y consecuencias de la precitada instrucción escolar, el éxito de cuantos problemas sanitarios de interés público más hondamente afectan á la humanidad.

Por la misma razón, es lógico esperar que análogos medios y fines educativos bastarán también entre nosotros para despertar en los hogares el buen deseo de ayudar á las autoridades respectivas en la tarea que les incumbe de velar por la salubridad nacional. Obra es esta que representa uno de los argumentos más vastos, más importantes y que más deben preocupar á las generaciones presen-

(1) En Alemania la Junta Imperial de Higiene, desde hace unos años, presta un decidido empeño en que la enseñanza de las ciencias prácticas sea provechosa, estimando que entre ellas merecen preferente atención las que más directamente se relacionan con los conocimientos higiénicos. A ello responde en aquel país la notable difusión de los manuales populares de higiene, las oportunas publicaciones de notas similares en la prensa periódica y las conferencias dominicales, abundantes en circunstancias recreadoras y prestigiadas eficazmente por muchas entidades instructivas á las cuales la misma junta se complace siempre en ofrecer toda su protección.

Los resultados obtenidos no han podido ser más felices y expresivos, siendo el pueblo germánico el que, bajo este sentido, figura actualmente como el más clásico modelo ante el mundo civilizado.

tes y futuras, pero que, para su debida realización, se impone una confianza recíproca entre el higienista que delibera las disposiciones, el Estado que las ordena y el pueblo que está llamado á cumplirlas; y, gracias á esta mutua inteligencia los deberes encaminados á conservar la salud y considerados como obligatorios serán siempre ejecutados de buena voluntad por una sociedad consciente de los reales beneficios que le reportan los respectivos mandatos.

Conviene además recordar la clara expresión que la Historia, con su elocuente lógica, nos ha dejado establecida, cual es: «la pujanza material y psicológica de los pueblos estuvo siempre en razón directa de su *higienización*.»

Pues bien, realizar tal empresa ó sea *higienizar*, pero tomando por base la educación obligatoria y voluntaria con los rumbos y la amplitud que le hemos prefijado, supone, en síntesis, un ideal de la más alta trascendencia, que envuelve, bajo sus distintas faces, motivos importantísimos, algunos de los cuales, guardando cierta relación con los problemas sociológicos que se debaten en el presente siglo, tienen que influir científica y beneficiosamente en la evolución. Instruir á las masas en las cosas reales que atañen á la naturaleza humana, procurándose que de dicha instrucción dimanen el mejoramiento material, intelectual y moral de los ciudadanos, será siempre á los efectos de garantizar la normalidad en la marcha gradual, progresiva y metódica de las aspiraciones sociales, uno de los recursos más lógicos, más discretos, más eficientes y en consecuencia, de resultados más positivos y perdurables.

Este aprendizaje, de evidente acción sugestiva por significar verdades concretas y de práctica utilidad, satisface el natural egoísmo que mantiene en el vulgo el innato deseo de saber, siendo por esto el mejor obstáculo ante las ofuscaciones, los desvaríos, las obsesiones insensatas y cuantos dislates imaginativos tienen que surgir y medrar en los cerebros no preparados para comprender esa peligrosa dialéctica con que se suele exteriorizar las audaces concepciones de la filosofía contemporánea.

---

El higienista ha tratado de cumplir la misión ilustrativa que se propuso en sus colaboraciones sobre Higiene aplicada, habiéndole dedicado todo el producto de su observación y experiencia, todo el juego de su ingenio, toda la fuerza de su lógica; réstale tan sólo agregar algunas frases que simbolizen el concepto sintético de sus exposiciones. Son estas:

En pleno siglo XX, un país esencialmente positivo como el nuestro debe desenvolver todo el mecanismo de sus prácticas tendientes á perfeccionar la cultura de sus habitantes, dando preferente lugar á la divulgación de los conocimientos biológicos más utilizables en la vida práctica; demostrando, de una manera racional, persuasiva y convincente, la utilidad de cuantos procedimientos sanitarios de influencia general son ya verdades corrientes en otras partes del mundo; venciendo, al respecto de ambos tópicos, los prejuicios y las falsas creencias sostenidas por la tradición y la rutina, sin olvidar, en fin, todas las deducciones que se desprenden de la incontestable máxima:

*Primero es vivir y luego filosofar.*

FRANCISCO OTERO.